

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

Europa en el siglo XV.—Descubrimientos anteriores al de América.—Motivos que los impulsaron.—Cristóbal Colon.—Su nacimiento, sus estudios, la profesión que abraza.—Pretende buscar por el Oeste un paso á la India.—Origen y fundamentos de su convicción sobre la existencia de los países occidentales.—Solicita la cooperación de varias potencias europeas.—España accede á sus instancias y le confía tres naves pequeñas.—Emprende con ellas su primer viaje al hemisferio occidental.—Su éxito.—En su cuarto viaje estuvo á punto de descubrir Yucatan.—Expedición de Vicente Yañez Pinzon y Juan Diaz de Solis.

El que escribe la historia de un país americano, no puede resistir á la tentación de dar una noticia, aunque sea ligera, sobre el ilustre navegante que reveló al antiguo mundo la existencia del nuevo, y sobre las circunstancias que precedieron y acompañaron á su descubrimiento. Este suceso, el mas extraordinario que se registra en los anales del género humano, arrastra la pluma del historiador, así por lo maravilloso del asunto, como porque forma la base del cambio radical que se obró entónces en las instituciones de América, y en el modo de ser y costumbres de sus habitantes.

En el último tercio del siglo XV, la Europa estaba preocupada con la solución de un problema geográfico, en que la ciencia, la religión y el comercio, sobre todo, estaban vivamente interesados. Tratábase de buscar un paso por mar á las Indias orientales. Las producciones de este remoto país, que formaban y forman aun la delicia de los europeos, solo podían conseguirse á precios muy elevados, á causa de la inmensa distancia que tenían que recorrer para llegar á los mercados donde podían comprarlas. Después de atravesar vastas regiones del Asia por varios medios de locomoción y escoltadas por caravanas numerosas, llegaban por fin á Constantinopla, donde los mercaderes italianos las tomaban para esparcirlas por toda la Europa. Los venecianos y los genoveses se habían hecho tan ricos con este comercio, que podían rivalizar en opulencia con muchos príncipes soberanos.

En el reino de Portugal, se habían hecho ya varias tentativas para arrancar á estos mercaderes, el monopolio de los codiciados productos del Oriente. El príncipe Enrique, cuarto hijo del rey Juan I y de Felipa de Lancaster, había formado el audaz proyecto de buscar por mar un paso á la India, que debería abreviar y facilitar considerablemente el trayecto que hasta entónces recorría el comercio. Era D. Enrique un príncipe ilustrado: se había aplicado al estudio de las ciencias, especialmente á la geografía, y en los libros de la sabia antigüedad había leído con agradable sorpresa que los fenicios y los cartagineses, no solo habían circunnavegado el Africa, sino que habían llegado hasta la India. En la posición que ocupaba cerca del trono, D. Enrique pudo armar sucesivamente buques que navegando siempre al sur, reconocieron una gran parte de la costa africana hasta el cabo Verde. Muerto el príncipe, las expediciones se continuaron durante tres reinados sucesivos hasta el año de 1486, en que los portugueses descubrieron el cabo de *Buena Esperanza*, sin atreverse á doblarlo, porque lle-

waban muchos meses de haber salido de Lisboa, y sus débiles embarcaciones se encontraban en un estado deplorable.

Aunque el resultado no correspondiese exactamente todavía á las esperanzas que se habían abrigado, las observaciones hechas en estos viajes, comenzaban á hacer creer que no era quimérica la empresa en que D. Enrique había empeñado á sus compatriotas. A medida que los navegantes habían avanzado hácia el Sur, se había notado que el continente africano comenzaba á inclinarse hácia el S. E. y se esperaba que doblado el cabo de Buena Esperanza, se podía navegar francamente hácia el Este para encontrar las ambicionadas costas de la India. Cuando empezaba á popularizarse este pensamiento en toda la Europa, miéntras que los sabios ocurrían á la ciencia y á los antiguos manuscritos para investigar la posibilidad del proyecto, y entretanto que afluían á Lisboa marinos de todos los países para tomar parte en las expediciones lusitanas, presentóse en la escena un hombre, oscuro hasta entónces, que se proponía también abrirse un paso para la India, no por el Oriente donde todos lo buscaban, sino por el rumbo enteramente opuesto, es decir, por el Oeste.

Este hombre se llamaba CRISTÓBAL COLÓN.

Como Homero y como Cervantes, el ilustre descubridor de la América ha recibido la honra póstuma de que varias ciudades se disputen la gloria de haberle dado la existencia. La disputa está todavía en pié, porque aunque se sabe que era natural de Génova, se ignora aun á cuál de las poblaciones de aquella antigua república deba adjudicarse el honor, que muchas de ellas solicitan. La misma confusión reina sobre el año de su nacimiento. Los historiadores han hecho varios cálculos y conjeturas para fijar esta fecha, pero á pesar de todo vagan en una época que abraza doce años: de 1435 á 1447 (1).

(1) Washington Irving, vida y viajes de Cristóbal Colón, capítulo I.—Robertson, Historia de América, libro II, nota 11.

Tampoco se sabe quiénes fueron los padres de Colon, aunque ya se comprenderá que tratándose de un hombre ilustre, nacido en Europa en el siglo XV no ha faltado entre los escritores trasatlánticos la pretension de hacerle descender de una familia noble y antigua. Su hijo Fernando, que hizo infructuosas pesquisas sobre el particular para la historia que escribió, pone fin á sus dudas con esta bella frase: creo que ménos dignidad recibiría yo de ninguna nobleza de abolengo, que de ser hijo de tal padre (2.) En resumen, todo lo que se sabe de la familia de Colon, es que su padre era un tejedor ó cardador de lana, y que muchos miembros de ella habian abrazado la trabajosa profesion de marinos, por la pobreza á que habian llegado.

No obstante la penuria de su casa, el niño que mas tarde debia legar á la historia un nombre tan glorioso, tuvo una educacion que podia llamarse esmerada en su época. Muy temprano aprendió á leer y escribir; y como se notó en él una vocacion muy decidida al estudio—especialmente al de los ramos que constituyen á un buen marino—se le envió á la universidad de Pavía, donde adquirió los primeros rudimentos del latin y del dibujo y cursó con ardor la geometría, la geografía y la astronomía. A pesar del corto tiempo que Colon permaneció en las aulas, acaso porque su pobre familia carecia de recursos para sostenerle en ellas, su vasta inteligencia y su amor al estudio le hicieron adquirir profundos conocimientos en estas ciencias, que estaban todavía en mantillas.

A la edad de catorce años hizo su primer viaje de mar. Comenzó por el Mediterráneo, cuyos puertos visitó, navegó luego por los mares del Norte hasta mas allá de Islandia, y se asoció por último á un individuo de su familia, que hacia el corso contra los turcos y los venecianos, enemigos de los genoveses. Combatiendo en cierta ocasion contra unas carabelas venecianas cerca de las costas de Portugal, la vida de Colon corrió un

(2) Washington Irving, *ubi supra*.

grave peligro, de que quiso salvarlo la Providencia, que le habia escogido para las mas altas empresas. Una nave veneciana comunicó el incendio á la que éste montaba, y en aquel momento de angustia, el audaz genovés se arrojó al mar, y asiendo de un remo que flotaba sobre el agua, nadó dos leguas para ganar la orilla.

No le pesó á Colon haber llegado, aunque de tan peligrosa manera á Portugal, en cuya marina tenía deseos de servir, y corrió á Lisboa para ejecutar su designio. Allí contrajo matrimonio con una hija de Bartolomé de Perestrello, uno de esos héroes de las expediciones portuguesas, cuyos servicios habia premiado el rey con el gobierno de Porto-Santo y de Madera, islas que él mismo habia descubierto. Perestrello habia dejado al morir varios mapas y apuntes, que su yerno pudo consultar, y que le sirvieron mucho para algunos viajes que hizo luego á las costas de Africa y á las islas recientemente descubiertas.

Parece que por este tiempo surgió en la mente de Colon el atrevido pensamiento de buscar por el Oeste, el paso que los lusitanos buscaban por el rumbo opuesto. No entra en el plan de esta obra examinar los principios científicos, las revelaciones de la antigüedad y las narraciones mas ó ménos confusas de los viajeros, que produjeron en el ánimo del genovés la conviccion de que un viaje al Occidente de Europa tendría un éxito brillante. Nos contentaremos con decir lo muy indispensable para la inteligencia de esta materia.

Era aquella la época del renacimiento. La imprenta acababa de inventarse, las ciencias comenzaban á salir de los conventos para difundirse entre la nobleza y la clase media, y los libros de la docta antigüedad se extraían de los archivos, donde los habia sepultado lo ignorancia y el fanatismo de la edad media. Se estudiaban las lenguas muertas y se les interrogaba sobre multitud de conocimientos, olvidados hacía muchos siglos en Europa.

Colon estudiaba mucho y meditaba mas. Creia con algunos filósofos griegos en la forma esférica de la tierra, aunque Tolomeo, el oráculo de la geografía en aquella época, habia dicho que era plana, que estaba inmóvil y que los astros giraban al rededor de ella. Pero Tolomeo habia negado tambien los viajes que los fenicios y los cartagineses habian hecho al rededor del Africa, y los descubrimientos de los portugueses comenzaban á desmentirle.

Dada la forma esférica de la tierra, era claro que podia buscarse el Este por el Oeste. En cuanto á la distancia que habria que recorrer, Colon se la imaginaba mucho menor de la que existe en realidad, gracias á que se ignoraba entonces la verdadera extension de la superficie del globo. Imaginábase ademas que necesariamente debían existir en el lado opuesto de la esfera terrestre, tierras que contrapesasen el continente conocido, las cuales debian ser: ó una prolongacion del Asia, que aun no habia sido explorada, ó cuando ménos algunas islas, próximas á las costas orientales de aquella parte del mundo,

Ademas de las obras de la antigüedad, Colon leía con avidez las relaciones de los viajeros, que en los tres siglos anteriores, se habian internado en el Asia con diversos motivos. El mas célebre de todos, Marco Polo, que habia vivido á mediados del siglo XIII, no se contentó con describir la Persia, la China y los demas países que habia visitado, sino que habló tambien de una gran isla llamada *Zimpango*, sobre la cual decia haber recibido los informes mas seductores. Si á esto se añade la fabulosa Atlántida de Platon, que este filósofo colocaba al Oeste de España, las preocupaciones vulgares sobre la existencia de la isla de san Brandan y la de las siete ciudades, y las confusas relaciones de algunos navegantes que pretendian haber visto flotar, en remotas partes del Atlántico, maderos y plantas desconocidas en Europa, se comprenderá fácilmente que todos estos hechos y paradojas, por extravagantes que pudieran parecer,

aun al mismo Colon, no dejaban de influir en su ánimo, siquiere como el presentimiento universal de que no era absurda la idea que acariciaba.

Los adelantos hechos en la navegacion durante aquel siglo, hacian fácil la realizacion del proyecto. La brújula inventada hácia el año de 1302 por Flavio Gioia y el astrolabio perfeccionado recientemente en Lisboa, habian animado á los navegantes poco á poco á olvidar la antigua costumbre de no perder de vista las costas, y gracias á estas invenciones, los portugueses habian descubierto la Madera y las Azores, islas que distan de la tierra, la primera trescientas millas, y las segundas, noventa.

Luego que Colon hubo adquirido la conviccion profunda de que su proyecto era realizablé, comprendió que necesitaba de la cooperacion de un Estado soberano para acometer la empresa. Dirigióse con este objeto en primer lugar al país en que habia nacido; pero los senadores genoveses tacharon de visionario á su compatriota y se negaron á admitir sus proposiciones. Ocurrió en seguida al Portugal, su patria adoptiva; mas el rey y algunos pretendidos sabios de Lisboa, sorprendidos con la audacia de aquel aventurero que intentaba buscar por el Oeste lo que ellos buscaban por el rumbo contrario, pagaron sus ofertas con una desdeñosa negativa (3). Entonces Colon volvió los ojos á España; pero receloso de una nueva repulsa, porque la experiencia comenzaba á hacerle desconfiado, despachó al mismo tiempo á su hermano Bartolomé á Ingla-

(3) Cuéntase que los consejeros del rey propusieron á éste que mandase secretamente una nave hácia el rumbo que indicaba Colon, con el objeto de buscar las tierras de que hablaba. Juan II tuvo la debilidad de escuchar el consejo; pero el piloto que se envió en la expedicion, se cansó muy pronto de navegar al Oeste y se volvió á Lisboa, haciendo burla de Colon y de lo que llamaba su quimérica empresa.

terra, autorizándole para proponer la empresa al rey Enrique VII. (4)

España empezaba á levantarse del estado de postración á que la habian reducido muchos siglos de divisiones y discordias civiles. Los reinos de Castilla y de Aragon acababan de reunirse, gracias al matrimonio de Isabel y de Fernando, monarcas que ocupaban á la sazón el trono. A este estado de prosperidad debió seguramente Colon la buena acogida que la corte dispensó á su proyecto, no obstante que todos los recursos de la monarquía, estaban empeñados en la guerra de Granada. Pero con el recelo, muy natural por cierto, de aventurarse en una empresa quimérica, previnieron al genovés que compareciese ante una junta de sabios, que debía reunirse en Salamanca para examinar su proyecto.

Tenian lugar estos sucesos por el año de 1486, época en que no solo en España, sino en toda la Europa, teólogo era sinónimo de sabio. Así pues, la junta de Salamanca se compuso en su mayoría de teólogos, y la mayoría de las objeciones que se opusieron á Colon, fué tomada de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres. La forma esférica de la tierra fué condenada, no solo como una idea falsa, sino tambien heterodoxa, porque en algun pasaje de la Biblia se dice que los cielos están estendidos, como un cuero, lo que hacía suponer á sus comentadores que la tierra era plana. La existencia de países habitados al lado opuesto del globo, suponía la de los antípodas, la cual fué rebatida con la autoridad de san Agustin y de otros doctó-

(4) La nave en que Bartolomé Colon se embarcó para Inglaterra, fué apresada por unos piratas, quienes despues de despojarle de cuanto llevaba, le tuvieron muchos años en cautiverio. Cuando Bartolomé se vió libre, corrió á Londres, pero en tal estado de miseria, que se vió obligado á construir mapas y cartas geográficas para ganar su subsistencia y vestirse. Pudo al fin presentarse en la corte, y se dice que Enrique VII le escuchó benignamente y le prometió asociarse con su hermano. Bartolomé se apresuró á volverse á España por Francia; pero en Paris quedó agradablemente sorprendido, sabiendo que Cristóbal habia ya descubierto el Nuevo Mundo, á despecho de cuantos le llamaban visionario.

res de la Iglesia, quienes tachan á aquellos de imposibles, porque el Génesis enseña que todos los hombres descienden de Adán, y no se sabia ni se creía posible que esta descendencia hubiese pasado en parte al otro lado del Océano. Hiciéronse objeciones de otro género, como la de que, dada la existencia de las tierras que Colon suponía, se necesitarían tres años para hacer el viaje, y la de que, llegado á cierto punto del Océano, no podría volver con sus naves á Europa, porque se lo impediría la misma convexidad del globo (5).

No sabemos cómo Colon no pasó de los bancos del Consejo á los calabozos de la Inquisicion, que acababa de establecerse en España. Esto nos admira tanto mas, cuanto que Galileo, que tenía en física las mismas opiniones que el descubridor de América, fué condenado medio siglo despues por la Inquisicion de Roma á abjurar públicamente sus errores. Por fortuna los miembros del Consejo de Salamanca vieron en Colon mas bien un iluso que un hereje, y se contentaron con informar desfavorablemente á la corte sobre el proyecto que se habia sometido á su exámen. De esta Junta salieron, no obstante, algunos hombres verdaderamente instruidos, que fueron despues los apóstoles de la empresa y los que ayudaron al que la habia concebido, á realizar sus deseos.

Mas de cinco años perdió Colon en España entre repulsas, vacilaciones y esperanzas siempre frustradas. Cansado al fin de hacer el papel de pretendiente, que no se avenía con la dignidad de su carácter, hizo sus preparativos para marchar á Inglaterra; pero próximo ya á embarcarse, le alcanzó un correo de Isabel, que le llamaba á su corte; y en 17 de Abril de 1492 se firmó en Santa Fé entre los soberanos de España y Colon, un tratado que contenía las bases, bajo las cuales se emprendería el descubrimiento.

(5) Washington Irving, obra citada, libro II, capítulo IV.

Trasladóse éste inmediatamente á Palos, pequeño puerto de Andalucía, y gracias á sus esfuerzos y á los de los Pinzones, familia de marinos que quiso asociarse á la empresa, en poco tiempo estuvieron dispuestos para la expedición noventa hombres y tres naves tan pequeñas, que Washington Irving, el biógrafo mas concienzudo de Colon (6), asegura que dos de ellas no tenían cubierta, y las compara á los buques de rio y de costas de nuestra época. La mayor de estas embarcaciones, cuyo mando tomó el Almirante (7), recibió el nombre de *Santa María*, confió el mando de la *Pinta* á Martin Alonso Pinzon, y á Vicente Yañez Pinzon el de la *Niña*.

Hechos estos preparativos, los expedicionarios se dirigieron en procesion á la iglesia de Santa María de la Rábida, y despues de confesarse y de comulgar, en la mañana del 3 de Agosto de 1492, se hicieron á la vela ante una multitud de espectadores, que entre lágrimas y sollozos los encomendaba al cielo. Colon se dirigió primero á las Canarias, de donde salió el 6 de Setiembre para aventurarse en ese Océano misterioso y desconocido, cuyas aguas no habia surcado jamás ninguna nave europea.

Difícilmente se encontrará en la historia del mundo un espectáculo mas conmovedor, que el de aquellos noventa hombres, que sin mapas ni derroteros, se entregaban en frágiles embarcaciones á merced de las olas, al mando de un aventurero, desdeñado en las cortes, y á quien los sabios de Europa llamaban visionario!

Desde los primeros dias de navegacion conoció el Almirante que eran muy árduas aun las dificultades que le quedaban

(6) Obra citada, capítulo IX, libro II y Apéndice número 15.

(7) Este fué el título que los reyes de España concedieron á Colon en el Tratado de Santa Fé, haciéndole además Virey y Gobernador de las tierras que descubriese, cuyos títulos y dignidades debian heredar sus descendientes. La suspicacia de Fernando y la ingratitud de sus sucesores impidieron que se cumpliera esta oferta, en que estaba comprometido el honor de la corona española.

por vencer. Luego que se borraron en el lejano horizonte las últimas señales de tierra, sus compañeros de aventura entraron en tal desaliento, que muchos de ellos prorumpieron en lágrimas. Figurábanse ya perdidos en los desiertos del Océano, tragados por las ondas ó tostados en la zona tórrida, y temian no volver á pisar jamás las costas de su querida España. Colon, que habia ya discutido con los sabios su teoría, reanudó, por decirlo así, sus discursos de Salamanca para desvanecer los temores de sus oyentes, que por su ignorancia en la teología, podian ser mas dóciles que los doctores portugueses y salmantinos.

Vana esperanza! Mientras mas se avanzaba hácia el Oeste, rumbo que habia tomado la flota desde las Canarias, era mayor el desaliento y la impaciencia que reinaban á bordo. El menor contratiempo que acontecia en la navegacion, aumentaba la desconfianza, no de Colon que permaneció siempre tranquilo, sino de sus compañeros, que pocos dias ántes se manifestaban tan animosos en Palos. Pero lo que puso el colmo á la consternacion de los viajeros, fué la desviacion de la aguja de marear, que se aumentaba á medida que se adelantaba en el Océano, y cuyo fenómeno aun no ha podido explicar satisfactoriamente la ciencia. Sin embargo, Colon inventó una explicacion ingeniosa, aunque él mismo debia estar sobresaltado, renovó sus discursos y comenzó á ocultar la verdadera distancia que los separaba de Europa, estratagema que observó hasta el fin del viaje. Habló á sus compañeros de la gloria que les resultaria de descubrir unos países, en que jamás habia puesto la planta ningun europeo, les recordó que iban á plantar la insignia de la Cruz en regiones donde jamás se habia predicado el cristianismo, y sobre todo, les pintó con muy vivos colores el oro, las piedras preciosas y todo género de riquezas, que les aguardaban del otro lado del Atlántico.

Pero pasaban los dias, los fenómenos se multiplicaban y la tierra prometida no parecia. Los viajeros, con muy pocas